



**DEVELOPING AFRICA:
AN OPPORTUNITY FOR EUROPE,
ITALY AND SICILY
Taormina, 8 de octubre de 2010**

Las relaciones de Europa con los países ribereños del Mediterráneo y con el conjunto de África constituyen un asunto de la mayor importancia.

El debate sobre África no debe ocuparnos sólo en vísperas de una cumbre, por importante que sea la tercera cumbre Unión Europea-África que se celebrará el próximo mes de noviembre en Libia. Hay razones vitales para ocuparnos de África e intentar esbozar las líneas maestras de una política europea hacia ese continente.

España, sin ir más lejos, es un país bicontinental. Este verano estuve visitando una de las ciudades españolas del norte de África, Melilla, donde se puede comprobar la importancia de las instituciones y el Estado de derecho para crear sociedades libres, abiertas y prósperas. No es casualidad que la frontera de Melilla muestre, entre un lado y otro, una de las diferencias de renta per cápita más grandes del mundo.

La presión migratoria y los retos de seguridad a los que se enfrenta la ciudad española de Melilla ejemplifican las amenazas que para las sociedades libres plantean la falta de un mayor desarrollo y libertades, junto al creciente radicalismo islamista, en el norte de África. Aquí en Italia saben ustedes también muy bien de lo que les estoy hablando.

África es una realidad compleja, inmensa y cercana, que no nos debe ser ajena ni indiferente. La población africana ha crecido en los últimos 10 años en 213 millones de personas. Las previsiones de población nos hablan de aproximadamente dos mil millones de habitantes en África en el año 2050.

Qué expectativas vitales alcancen estos millones de jóvenes africanos, qué calidad de vida logren y de qué libertades puedan disfrutar afectará decisivamente a nuestro modo de vida en Europa, a nuestras expectativas, a nuestra calidad de vida y a nuestra propia libertad.

Todos hemos visto imágenes lacerantes de África: miseria, desnutrición, guerras... Muchas veces se piensa en África como en un continente sin esperanza. Déjenme decirles algo con toda claridad. No hay ningún obstáculo insuperable para que el futuro de África no pueda ser distinto y los africanos logren convivir en prosperidad, con estabilidad y en libertad.

Permítanme recordar que a mediados de los años cincuenta del siglo XX Ghana, Filipinas y España tenían un nivel similar de desarrollo; a comienzos del siglo pasado la esperanza de vida en España y Etiopía era similar; en algunas regiones de España e Italia las personas sufrían enfermedades endémicas, como la malaria, y todos los problemas relacionados con la falta de desarrollo, que hoy padecen tantos millones de africanos.

Los males de África no son inexorables. Los africanos no están condenados a la miseria por ninguna razón ni cultural ni histórica ni religiosa ni, por supuesto, étnica. La experiencia asiática ha demostrado que el camino de salida de la pobreza se puede empezar a andar en apenas una generación. Nuestro reto como europeos debe ser impulsar que en África sea en esta generación.

El problema de África es la pobreza. El problema de la pobreza es África. Hace no tantas décadas el problema de la pobreza en el mundo se concentraba en Asia. Hoy, aunque hay bolsas de pobreza en todas las regiones del planeta, sólo es un problema que no está en vías de resolución en el continente africano.

Si queremos afrontar en serio este problema, tenemos que plantearnos las preguntas correctas. La pregunta correcta no es por qué África es pobre, sino por qué no crece más y se desarrolla. Así, la vieja pregunta que se planteó Adam Smith sigue siendo válida: cómo se logra el desarrollo de las naciones.

Una de las grandes transformaciones que hemos vivido en nuestra generación ha sido el inicio del fin de la pobreza en Asia. En menos de 30 años, más de 400 millones de personas han salido de la pobreza extrema en todo el mundo. No había ninguna maldición, ni histórica ni cultural, que impidiera el desarrollo de los países asiáticos.

Por eso, no tiene sentido mantener que existe una disyuntiva entre ser africano o lograr el desarrollo. No existen límites culturales al desarrollo en África como tampoco han existido en Asia.

¿Quién desarrolló Asia? Los asiáticos y el mercado libre. ¿Quién desarrollará África? Los africanos y el mercado libre.

África cuenta con tres ventajas para lograrlo: el ejemplo de los que ya están saliendo de la pobreza; una economía mundial que crece a tasas sin parangón a pesar incluso de la Gran Recesión de la economía occidental; y que el verdadero paisaje humano de África son los mercados, no las sabanas ni las junglas, como puede comprobar cualquiera que viaje por ese continente.

Por eso, la solución de más mercado es el camino natural para las sociedades africanas, aunque no podemos ignorar que es una senda contraria a los intereses

miopes de algunas oligarquías y grupos que presionan por el mantenimiento del *statu quo*.

Por fortuna, los líderes políticos africanos empiezan a tomar conciencia de que el futuro de África está en sus manos. Es estimulante escuchar de líderes como la presidente de Liberia Ellen Johnson-Sirleaf frases como éstas:

“Es esencial para los africanos establecer por sí mismos las políticas y los procedimientos adecuados que garanticen nuestro tránsito hacia la prosperidad. Nuestro continente no puede seguir permitiéndose ser meramente reactivo ante las sugerencias de otros. Por el contrario, deberíamos determinar de forma proactiva cómo dar forma a nuestro propio destino de crecimiento y desarrollo” (fin de la cita)

De lo que se trata, en definitiva, es de que los africanos empiecen a hacer política. La solución al grave problema de la pobreza no es eminentemente técnico o económico, sino en esencia político.

África ha sido el campo de experimentación de todos los proyectos de ingeniería social desde mediados del siglo XIX, y es el única parte del planeta donde no ha llegado la globalización.

Lo que África necesita es montarse en la ola de la globalización, aunque algunos se empeñen en apartarla en virtud de una excepcionalidad cultural, que es falsa y letal.

La ayuda al desarrollo que funciona es la globalización. La ayuda que no funciona es la que sólo intenta calmar nuestras conciencias.

Muchas décadas de ayuda de todo tipo nos han enseñado algo: la ayuda al desarrollo no desarrolla. En el mejor de los casos es asistencial, consigue mitigar, con carácter de emergencia o de forma más permanente, la miseria, a la que por imperativo moral no podemos ser indiferentes.

Pero para aprovechar la globalización, que es la ayuda al desarrollo que funciona, hay una precondition política que ya veía Adam Smith cuando se preguntó por la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones: debe haber naciones. Debe promoverse el Estado de derecho con todo lo que ello implica para la seguridad, el respeto a los contratos y a la palabra dada; leyes justas y jueces e instituciones que los hagan cumplir. Y en esto Europa sí tiene un gran papel que jugar en África.

Es una lástima comprobar, en vísperas de que se celebre la tercera cumbre Unión Europea-África, en qué han quedado las ilusiones y los esfuerzos que pusimos en la primera cumbre en El Cairo el año 2000, en la que participé como presidente del Gobierno de España, como bien recordará Josep Piqué.

Los enfoques maximalistas, alejados de los verdaderos problemas africanos y de sus aspiraciones, que ignoran las diferentes realidades y necesidades regionales, y que superan nuestras propias capacidades como facilitadores de un proceso de desarrollo que debe ser primordialmente endógeno, nos ha llevado a desperdiciar recursos y esfuerzos mientras, simultáneamente, perdíamos influencia en las distintas regiones de África.

Europa sólo será relevante –tanto en África como en el resto del planeta- y podrá colaborar eficazmente en el proceso de desarrollo africano si es fuerte y económicamente pujante en el interior.

La Política Agraria Común es un signo de la debilidad europea. Simboliza la falta de confianza en nuestras propias posibilidades de crecimiento y reforma económica, y, a la vez, arruina las esperanzas de millones de africanos. Cerrar el comercio a las principales producciones agrícolas africanas es cercenar sus posibilidades al desarrollo.

La mano de obra africana va a llegar a Europa. Podemos decidir si preferimos que venga incorporada a sus productos de exportación o en forma de inmigración masiva.

Si África no toma definitivamente la senda del desarrollo, el fortísimo crecimiento previsto de su población, unido al consiguiente desempleo juvenil, será un acelerador de migraciones masivas hacia Europa. Además, el actual Estado del bienestar europeo actúa como un imán que atrae una inmigración que nuestras sociedades no son capaces de asimilar en su totalidad.

Europa debe transformar su Estado del bienestar en una Sociedad del Bienestar que dé mayor protagonismo a la responsabilidad individual. No sólo debe hacerlo por las restricciones presupuestarias que reflejan su actual inviabilidad, sino también por la presión del crecimiento demográfico de la frontera sur europea. El coste de no hacerlo será sufrir unas tensiones migratorias insostenibles.

Si a todo lo anterior se añade la penetración del extremismo islamista en el norte de África, el cóctel contra la seguridad de Europa estará servido.

En África convergen dos arcos de inestabilidad global que confluyen en el Sahel, donde la presencia de Al Qaeda en el Magreb Islámico y de organizaciones criminales dedicadas al tráfico de drogas y personas es cada vez más importante y que están socavando el poder de los Estados africanos.

El vacío de poder no existe. El poder siempre lo tiene el que puede. Y los europeos, por nuestro interés y por nuestra Historia, tenemos una clara responsabilidad en promover que quienes ejerzan el poder en África lo hagan desde el Estado para el bien de sus países, no contra ellos. A la postre, eso también será en nuestro propio beneficio.

Invertir en la consolidación del Estado de derecho en África es la mejor inversión en nuestra propia seguridad. Sin países viables se multiplican todo tipo de amenazas a la seguridad que antes o después nos acaban afectando.

Europa debe colaborar en la afirmación del poder de los Estados frente a los terroristas. Y lo que no ayuda en nada es que los Estados europeos faciliten pagos a los terroristas.

Y permítanme terminar mi intervención avisando de los riesgos que puede suponer para la afirmación de los Estados africanos el proceso de redefinición de fronteras que está cobrando fuerza en África. No es debilitando a los Estados como los africanos derrotarán al terrorismo y se incrementará nuestra seguridad.

Igual que para Europa me he pronunciado en contra de la redefinición de fronteras en virtud de criterios étnicos. Lo mismo cabe decir, si cabe con más fuerza, para África.